



Miguel Angel Quintanilla o la tentación sociológica del materialismo

ALBERTO HIDALGO TUÑÓN

Oviedo



La *belle époque* que permitía formular paladinadas declaraciones sobre la infalibilidad, neutralidad y autonomía de las ciencias positivas parece haber llegado definitivamente a su punto de no-retorno. Después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo, los jinetes de la burocratización, la industrialización y la militarización han asolado las más ingenuas creencias positivistas y una teoría de la ciencia consecuente no puede ignorar ya el problema de las determinaciones y deformaciones socio-históricas, a las que el proceso de investigación y constitución científica se halla sometido. En el seno mismo de la comunidad científica han aparecido inequívocos signos de inquietud ante la manipulación ideológica de la ciencia, desde el movimiento *Pugwash*, patrocinado por Cyrus Eaton, hasta el *Survivre* ecologista francés de Chevalley y Grothendieck, desde las campañas antigubernamentales del biólogo norteamericano Barry Commoner hasta la decisión de la Sociedad Japonesa de Física de excluir de sus reuniones a los científicos que trabajan en objetivos militares. Y por más que los escépticos vean en tales expedientes procedimientos para «salvar el alma» de los científicos implicados, ya no cabe duda de que el tema de la *función social de la ciencia*, parafraseando el título pionero de John Bernal, ha dejado de ser una preocupación esotérica de sociólogos heterodoxos, científicos desviados y filósofos hipercríticos, para convertirse en una de las pautas centrales de la reflexión epistemológica y crítica de los últimos años (1).

Pues bien, en nuestro país una de las plumas que con más insistencia ha incidido sobre la temática aludida es la del joven filósofo salmantino Miguel Angel Quintanilla desde una perspectiva que se confiesa abiertamente «materialista», (en el renovado sentido que Gus-

tavo Bueno ha inyectado al término) y alienta, por tanto, severas intenciones críticas, tanto con respecto a la filosofía de la ciencia «formalista» de corte analítico (Popper, analogado principal), como en relación al marxismo cientifista de Althusser. En su último libro, *Ideología y Ciencia*, se recogen tres variaciones expositivas sobre las Ideas enunciadas en el título que, a mi juicio, van decantando progresivamente las posiciones del «materialismo filosófico» en una dirección «sociologista» similar a la esbozada en el párrafo anterior, cuyos méritos son grandes, pero no mayores que sus peligros de reduccionismo y parcialidad a la hora de alcanzar una correcta comprensión materialista de la naturaleza de la ciencia. Por eso me he decidido a formular públicamente estas observaciones críticas sobre la orientación general de la obra, asumiendo explícitamente el papel de «abogado del diablo» y colocando entre paréntesis la simpatía y admiración que por el trabajo del autor experimento (2).

(1) Como síntoma del interés creciente por la temática suscitada en torno a la «sociología de la ciencia» en nuestro país bastaría con apuntar aquí la posibilidad, lamentablemente frustrada por la decisión unilateral de un Director General, de que una parte sustancial de esta materia figurase en los nuevos programas de Filosofía de C.O.U. como materia obligatoria. En este contexto resulta obligado advertir que mis críticas al «sociologismo» recaerán en lo que tiene de reduccionismo. En modo alguno, entiéndase bien, rechazo la disciplina, en que se asienta, cuya legitimidad estoy dispuesto a defender y cuya importancia me parece fundamental, máxime en una situación como la nuestra, en la que sus virtualidades críticas resultan sobresalientes. Otro síntoma, no menos relevante, lo constituye el aumento de la tasa de versiones al castellano sobre sociología de la ciencia en 1977. Citaré los títulos más relevantes: BRIAN EASLA: *La liberación social y los objetivos de la ciencia* (trad. Leopoldo Lovelace), s. XXI, Madrid, 1977. GEORGES MENAHEM: *La ciencia y la institución militar*, (trad. Nuria Pobit; introducción ex-comandante Luis Otero), ed. Icaria, Barcelona, 1977. ROBERT K. MERTON: *La sociología de la ciencia*, 2 Vols., Recopilación e introducción de Norman W. Storer (Trad. N. Alberto Míguez), Alianza Universidad, nº 183-4, Madrid, 1977; LESLIE SKLAIR: *El conocimiento organizado*, (trad. Carlos Peralta), Ed. Labor, Barcelona, 1977; STEFANO SONNATI: *Ciencia y científicos en la sociedad burguesa* (trad. Carmen López), Ed. Icaria, Barcelona, 1977.

(2) QUINTANILLA, M.A.: *Ideología y Ciencia*, Fernando Torres, ed., Valencia, 1976. Otras variaciones recientes son: «La responsabilidad social del investigador científico» en *Sistema*, nº 22, Enero de 1978, pp. 107-14, en la que pueden leerse las siguientes declaraciones sociologistas sin paliativos: «La ciencia, como cualquier otra actividad, responde en su desarrollo, en sus objetivos, en su propia organización interna, a la estructura global. La ciencia, dicho de otra manera, funciona, se desarrolla y está organizada para servir a las clases dominantes» (p. 113). Y *El mito de la neutralidad de la ciencia*, en *El Basilisco*, nº 1, Marzo de 1978, Oviedo, pp. 52-56. Las páginas que aparecen en el texto entre paréntesis corresponden a *Ideología y Ciencia*.

2.- Claridad y concisión son, a mi parecer, los términos que mejor definen las características estilísticas del escrito de Quintanilla, por lo que cualquier labor exegética resulta, cuando menos, superflua. Los designios y la distribución espacial del libro no son menos transparentes: Tras elaborar un concepto marxista de ideología, supuestamente correcto, en el *capítulo primero* (pp. 11-59), y un concepto materialista de ciencia en el *segundo* (pp. 61-105), se correlacionan ambos dialécticamente en el *tercero* (pp. 107-55). Sin embargo, las conclusiones a las que llega no están exentas de cierta entonación retórica que enturbia no sólo el estilo, sino también la propia posición del autor y, en consecuencia, la del materialismo filosófico. Me consta que Quintanilla es un excelente lógico, por lo que me inclino a pensar que la razón de tal empañamiento, tal vez deba buscarse en las premisas de su argumentación.

3.- Su primera contribución al concepto de Ideología consiste en un limpio ejercicio de formalización, cuyo efecto crítico fundamental es mostrar que las doctrinas supuestamente marxistas de Adam Schaff ($I \leftrightarrow P \leftrightarrow S$) y de Louis Althusser ($I \leftrightarrow S \leftrightarrow D$), esquematizadas en sus componentes esenciales, se mueven realmente en el marco de la sociología del conocimiento burguesa, tal como fué definida por Karl Mannheim ($I \leftrightarrow P \leftrightarrow S \leftrightarrow D$) (3). La única diferencia compartida por los autores marxistas frente a Mannheim se cifra en el rechazo de la equivalencia $D \leftrightarrow P$, que es «sencillamente una manera de formular el principio liberal positivista de que los objetivos de la acción humana no pueden determinarse científicamente, o de que el reino de los fines no puede ser objeto de conocimiento» (p. 35). Como los procedimientos habilitados por Schaff (afirmación historicista de una ideología científica) y Althusser (descubrimiento de un continente científico nuevo, el «materialismo histórico», exento de ideología) para negar el principio liberal no convencen a Quintanilla, y como él mismo en esta tesitura debe superar la problemática liberal, se ve comprometido en una interpretación de la teoría marxiana de la ideología, que evite a un tiempo el Escila liberal ($D \leftrightarrow P$) y el Caribdis pseudo-marxista ($I \leftrightarrow S$). Apenas desembarazado de sus adversarios, instituye Quintanilla su análisis de la verdadera posición de Marx, reconociendo la existencia de dos conceptos de «ideología», entre los que fluctua ambigüamente el pensamiento marxista según el penetrante análisis de Arne Naess. Pero tal ambigüedad desaparece mediante un corte de problemáticas, que permite a Quintanilla, en primer lugar, identificar el carácter deformado de las formas de conciencia ideológica a través de dos rasgos que definirían toda ideología, a saber, el *dogmatismo* y el *idealismo* y, en segundo lugar, explicitar los mecanismos genéticos de producción social de la deformación, a saber, la división del trabajo en manual e intelectual y la real escisión de los hombres en clases sociales.

Tal caracterización de la conciencia ideológica deformada, aunque esté apoyada en textos de Marx en cuanto a su contenido (mis respetos al Talmud), no me parece, sin embargo, definitiva. En primer lugar, Quintanilla establece, para diagnosticar cualquier tipo de

deformación ideológica, la exigencia de que se produzca en ella una *unión*, síntesis o identificación entre *idealismo* (afirmación de *independencia* frente a la práctica material) y *dogmatismo* (ahistoricismo), a través de una doble implicación lógica, cuya justificación remite a la investigación genética (pp. 48-9). Ahora bien, ocurre sencillamente que tal identificación es insostenible, pues no puede dudarse de la existencia de idealistas —y a fé mía que desde Hegel abundan!—, que no son dogmáticos, sino críticos, y mucho, es decir, historicistas. Más dudosa, en cambio, parece la localización de verdaderos materialistas dogmáticos (*cave Diamat*); pero puesto que Quintanilla mismo califica así a Schaff y Althusser (p. 35, v.g.), sin que se apresure a añadirles la coletilla de idealismo, no seré yo quien le disculpe de la contradicción, apelando a una cómoda instancia de polisemia. Comparto con él, naturalmente, una posición materialista y crítica, pero no me parece que considerar nuestra opción como criterio para diagnosticar deformación ideológica de un modo apriorico nos limpie automáticamente de ideología, ni nos distancie en el fondo de Schaff y Althusser. En ese caso, quizá debiéramos plantearnos el siguiente dilema: o bien admitimos un concepto *descriptivo* de ideología (que, por lo demás, tampoco carece de justificación en textos marxianos) por resultar más operativo (como Voloshinov, por ejemplo, ha puesto de manifiesto en sus estudios semióticos (4)); o bien desarrollamos un concepto *crítico* de ideología en un sentido *determinista* fuerte, en el que los errores no sean ya meras «equivocaciones», sino productos materialmente necesarios intercalados en la producción de las verdades, de modo que el crítico ideólogo aumenta sus garantías de verdad precisamente mediante el reconocimiento de sus propios condicionamientos sociales y materiales. Pero la aceptación de esta versión *dialéctica* de ideología, obliga a que Quintanilla reformule algunas distinciones *analíticas* fundamentales en su trabajo. Por ejemplo, no parece que pueda ya concluir (p. 55) que la consideración genética de la producción social de las ideologías (cuestión empírica) deba escindirse de su diagnóstico (cuestión analítica).

Ahora bien, si la última distinción no se mantiene, cabe preguntar a Quintanilla hasta qué punto la consideración de la división del trabajo en manual e intelectual como mecanismo genético básico de producción de ideología no implica automáticamente una asunción de la tesis maoista sobre la desaparición de la ciencia como actividad diferente de la producción y de los hombres de ciencia como especialistas. Si tal es el caso, convendría analizar empíricamente los resultados de la revolución cultural china e incluso la experiencia de la revolución portuguesa de los claveles, antes de aventurar diagnósticos genealógicos que comprometan irreversiblemente la acción.

4.- La segunda premisa de Quintanilla me parece más consistente y sus aportaciones más originales. Arranca en esta ocasión de una drástica, aunque relevante, limitación de la teoría de la ciencia a dos problemas fundamentales: el de la «demarcación» y el del desarrollo del conocimiento científico. Respecto al primero se acoge impolutamente al modelo del «cierre

(3) Las abreviaturas que aparecen en el texto deben entenderse como sigue: «Llamamos I al conjunto de ideas que consideramos ideología, P al conjunto del pensamiento práctico, S al conjunto de ideas socialmente determinadas, y D al conjunto de ideas deformadas» (p. 32).

(4) VOLOSHINOV, V.N.: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1976 (ed. original: 1930).

categorial» de Gustavo Bueno frente a todas las demás teorías que se atienen a una escala gnoseológica. Su análisis del desarrollo científico es, en cambio, mucho más matizado. Los autores formalistas —interpreta Quintanilla— han enfatizado el tema del *cambio de teorías*, centrándose en el problema de su significado empírico (verificación o falsación); los metodólogos post-popperianos, su contraréplica dialéctica, han corrido el acento desde Kuhn al contexto sociológico de descubrimiento, suscitando el tema del *cambio de paradigmas* (reinterpretable como cambio pragmático de normas lógicas y metodológicas); por último, la tradición epistemológica bachelardiana (Althusser, pero también Foucault) han procurado integrar el fenómeno del *nacimiento de las ciencias* dentro de un esquema rupturista semántico-cultural, i.e., filosófico. Se trata de tres fenómenos que, según Quintanilla, deben diferenciarse claramente para proceder al establecimiento de sus relaciones mútuas, requisito que no cumplen ninguna de las teorías aludidas a causa de su parcialidad. La teoría del «cierre categorial», contrariamente, no sólo provee de un triple eje (sintáctico, pragmático y semántico, respectivamente) para albergar la triple problemática, sino que además las correlaciona a través de los componentes del eje semántico (relaciones, operaciones y términos). La apretada exposición de esta articulación (pp. 100-1) constituye, a mi modo de ver, el mayor acierto del libro, pues el ajuste macroteórico que evidencia goza de todos los atributos de una verdad gnoseológica. Claro que esta evidencia puede complicarse dialécticamente acto seguido, pero su autor ha reconocido que sólo tiene la misión de «servir de esquema mínimo», con lo que su inmunidad queda garantizada.

5.— Pero la conclusión del libro no hereda, en buena lógica, la inmunidad de la *menor*, sino la enfermedad de la *mayor*. Se trata, en resumidas cuentas, de un alegato contra la supuesta objetividad, neutralidad y autonomía de la ciencia, que condensa la postura expresada en su artículo «El mito de la ciencia» (5), seguido de una apostilla, en la que se pretende articular «la crítica ideológica y el desarrollo de la ciencia», aseverando que la propia ciencia cumple una función ideológica (p. 143), en el mismo tono desmitificador que Jean Marc Lévy-Leblond ha popularizado (6). Es cierto que Quintanilla intenta desesperadamente, después de haberla guillotinado, al negarle cualquier tipo de objetividad, resucitar la ciencia en el paraíso socialista, mediante el artificio de desviar su dependencia ideológica en la sociedad capitalista hacia los «programas de investigación» en el sentido de I. Lakatos. Para llegar a esa conclusión la teoría materialista del cierre categorial resulta de una erudición superflua, pues la simple distinción entre «ciencia en abstracto» y «ciencia concreta» hubiese bastado, pese a todo su acriticismo, a tales efectos, como nos lo muestra bien a las claras el siguiente texto de Brian Easlea:

«Porque no ha sido la ciencia en abstracto la que ha provocado la existencia de proyectiles dirigidos inter-

(5) En *Diccionario de Filosofía Contemporánea*, dirigido por M.A. QUINTANILLA, Ed. Sigüeme, Salamanca, 1976, pp. 65-81.

(6) LEVY-LEBLOND, J.M.: *La ideología dejen la física contemporánea*, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1975 (trad. Joaquín Jordá). «Lo que en especial aparece cada día más claro es el papel ideológico de la ciencia: aval de las formas modernas de la ideología dominante, biombo «técnico» de los mecanismos de la exploración y garantía «objetiva» de una jerarquía social pretendidamente basada en la competencia» (p. 96).



continentales y la amenaza de una guerra termonuclear, que tan acertadamente considera Roszak como síntomas de una civilización enferma, sino la ciencia practicada en un mundo de naciones e ideologías en conflicto, dominada por la lucha a muerte entre la *realidad* del capitalismo y la *idea* del socialismo» (7).

Me parece, por consiguiente, que Quintanilla no ha querido o sabido aprovechar las virtualidades que su propio concepto materialista, de ciencia le deparaba. Cuando al final de su libro intenta justificar el desarrollo de la ciencia y su carácter progresivo en nombre del materialismo, proponiendo como criterio de evaluación de los «programas de investigación» el hecho de que encajen o no «con una concepción materialista del mundo y con una conciencia crítica» (p. 151), o cuando apela retóricamente al argumento definitivo de que el marxismo «se presenta él mismo como un *programa político para el desarrollo de la ciencia*» (p. 154), que permitirá una construcción científica libre de deformaciones «ideológicas» y un desarrollo científico de acuerdo con los intereses universales de la humanidad, la tentación sociológica del materialismo se ha consumado, porque se está entendiendo que el materialismo es algo *externo*, sobreañadido, exógenamente a la ciencia, algo que depende de instancias sociológicas como la aprobación de un programa y otro de investigación o el aval de una determinada filosofía. Pero las ciencias son materialistas *no sólo* porque dependen de condiciones materiales y sociales de existencia, lo que constituye una suerte de materialidad genérica, que comparte con toda otra realidad y cuyo reconocimiento es compatible con una versión idealista de teoría de la ciencia; como tampoco lo son porque los científicos posean una conciencia crítica, sino a pesar de la conciencia acrítica de muchos científicos. Las ciencias son materialistas por razones *internas*, en virtud de los términos y configuraciones materiales, fisicalistamente determinados incluso, que constituyen sus respectivos campos. Esto supone una suerte de materialidad específica que permite «demarcar» inequívocamente la ciencia de la pseudo-ciencia. En esta capacidad de «demarcación» rigurosa reside uno de los méritos fundamentales de la doctrina del «cierre categorial», como el propio Quintanilla reconoce. Renunciar a ella, como Levy-Leblond propone, supone escorar definitivamente hacia el *sociologismo*. Por estos mares navega Quintanilla.

(7) *La liberación social y los objetivos de la ciencia*. op. cit. pág. 440.